

■ *Diario de Jesus Gómez Sánchez* ■

**El diálogo en El Quijote
como juego y espacio de la amistad**



Diario de Jesús Gómez Sánchez

El diálogo en **El Quijote** como juego y espacio de la amistad

I.



El Quijote es famoso porque es famoso – Respondió un estudiante.

- ¿cómo así? – Le pregunté yo.

- Pues los primeros lectores del libro lo hicieron famoso y de ahí para acá todos los escritores y profesores de español y todos los que lo leen dicen que es famoso para tener algo de que hablar; y así de generación en degeneración.

En un primer momento me pareció original la nihilista respuesta a la pregunta de por qué cuatrocientos años después **El Quijote** se seguía leyendo con tanto fervor; pero luego de pensarlo un poco concluí que eso puede ser cierto con muchos productos pseudoartísticos de nuestra modernidad para los cuales la publicidad es más importante que la calidad; pero en la permanencia histórica de **El Quijote** hay algo más que un acuerdo colectivo entre escritores, editores y profesores de Español, mucho más que una estrategia de marketing para cautivar lectores de generación en generación.

De hecho, durante la efemérides que este año celebramos, se han referido mil razones sobre la importancia literaria y la permanencia histórica de la novela de Cervantes; razones que abarcan desde el estudio específico de diversos tópicos como la música, el Islam, la mujer, la justicia y otros muchos en la novela cuatricentaria hasta versiones más originales que dicen que Cervantes fue

el primero en describir el mal de Alzheimer, pasando por el reiterado reconocimiento académico de la lengua de Cervantes como punto máximo en la evolución del castellano. - Pero, ¿cuál será la lengua de Cervantes: la de Quijano, la de Sancho, la de los galeotes, la de los venteros...? Sí precisamente en *El Quijote* lo que hay es diversidad de lenguas (polifonía), incluso disonantes -.

A propósito de la lengua de Cervantes y dado que este comentario está dirigido a jóvenes universitarios (muchos de ellos reacios a la lectura), permítaseme una digresión inicial: muchas personas dicen que no leen el *Quijote* por la dificultad en el vocabulario, pero tal dificultad es sólo aparente, pues una vez el lector se sumerge en la ficción cervantina asume el código idiomático y casi ni necesita recurrir a un diccionario; es - y permítenosme la coloquial comparación- como hablar con un costeño recién llegado a Bogotá: al principio usted no le entiende nada, pero luego de unos minutos, cuando ha identificado los rasgos dialectales, termina hasta imitándolo.

2.

Pero volviendo a la celebración cuatricentenaria y como profesor de Español (de aquellos que mi alumno incluye en el pacto de aduladores seculares), yo mencionaría cuatro razones básicas para que hoy estemos celebrando con tanta profusión este cumpleaños: humanista, histórica, literaria y lúdica.



La primera razón, humana o humanista, es tal vez la fundamental: los personajes de Cervantes, principalmente el *Quijote*, son materializaciones de la condición humana en sus diversas facetas: la paternal censura del cura y el barbero, la maternal protección del ama y la sobrina, el amor inmortal de Crisóstomo, el materialista interés del ventero, la traicionera condición de Pasamonte, la feliz rusticidad de Dulcinea, la pícaro inocencia de Sancho (nótese que sólo menciono personajes de la primera parte, y ello porque para desarrollar con claridad el tema central de este comentario me he visto precisado a limitar la extensión de la obra. Además de que los cuatrocientos años los está cumpliendo la primera parte, es decir: *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y no *El ingenioso caballero Don Quijote de la mancha*, que tal es el título de la segunda y que sólo cumplirá cuatrocientos años en el 2018) y la necesidad de soñar para huir de la realidad de Alonso Quijano; son todas ellas facetas de la condición humana, de aquello que hace

al hombre hombre: aquel animal que ríe, llora, piensa, sueña, juega y, sobre todo, que tiene la posibilidad de hacer, mediante la literatura, sus sueños realidad. El tratamiento de la condición humana es, finalmente, el tema central de las obras del espíritu, de todos los clásicos del arte y la literatura, y es en virtud de la profundidad y belleza en el tratamiento de esa condición por lo que se garantiza que *El Quijote* tendrá lectores por otros muchos años; por lo menos,

mientras en la humanidad haya quijotes, es decir, soñadores dispuestos a realizar sus sueños.

Pero lo más maravilloso es que el libro de Cervantes logra esa permanencia sin proponérselo, aunque presintiéndolo: *El Quijote* es, inicialmente, una obra escrita para su época; y es que sólo lo temporal trasciende el tiempo (así como sólo lo local logra volverse universal, tal como sucede con *Cien años de Soledad*). Además de retratar las costumbres de la España de entonces, desde el punto de vista histórico esta obra se destaca por ser una evidencia de la crisis cultural que implicó el paso (tardío en España) de la Edad Media al Renacimiento. De hecho, el Quijote encarna los valores medievales de la nobleza, la hidalguía, el honor y todo lo que defendía el ideal —no real— de la caballería; mientras que quienes lo rodean asumen la astucia, el individualismo y el interés material como estandartes propios de la edad moderna. Así pues, *El Quijote* puede leerse desde el punto de vista histórico como una evidencia del conflicto entre épocas o también como una muestra de las costumbres, usanzas y quehaceres de finales del s. XVI en la península ibérica.

Una tercera razón que parece haber garantizado la permanencia del Quijote durante cuatrocientos años no tiene tanto que ver con su valor histórico o su contenido humano, sino con su consideración como hecho literario. Y aquí habría que mencionar dos perspectivas: una profana y otra más especializada. Para los especialistas en historia de la literatura *El Quijote* representa la primera novela moderna, o mejor todavía, la primera novela. Y esto es mucho decir, porque la novela es el género literario de la modernidad, de donde se deduce que literariamente hablando Cervantes inaugura la modernidad. Y es que el hombre moderno

- muy diferente al hombre medieval en busca de la gracia divina o al hombre antiguo guiado por un sistema de valores colectivo - es un hombre solitario, individualista, en crisis con los valores religiosos y con la sociedad donde habita, y ese es precisamente el protagonista de la novela (de todas las novelas): un hombre con miedo y en conflicto, un antihéroe en todo su sentido. Aquí se me ocurre reiterar un ejemplo que a propósito planteo a mis alumnos: mientras que el protagonista de *La Odisea* pelea con cíclopes, es amado por diosas y esperado 20 años por su esposa; nuestro Quijote pelea con molinos de viento, es rechazado hasta por mujerzuelas y su amada Dulcinea ni siquiera sabe que existe. Pero que *El Quijote* sea la primera novela implica, además de nuevos contenidos, variaciones en la forma de contar; y fue Cervantes sin duda, un innovador de las estructuras narrativas; bástenos como ejemplo su propuesta de (mínimo) cuatro narradores diferentes para la primera parte de su libro: los anales de la Mancha, Cide Hamete Benengeli, el traductor árabe y el compilador de la historia; sin contar la cantidad de personajes que toman la palabra como narradores parciales. Y además de este juego narrativo extraordinario imitado por muchos narradores modernos, hay otro ejemplo de la maestría literaria de Cervantes cuando en la segunda parte hace de su misma novela un personaje y de sus personajes los lectores y críticos de lo que él mismo ha escrito: la ficción y la realidad se fusionan como no se ha logrado en ningún otro momento de la historia literaria.

Pero además de estos rasgos narrativos únicos, la obra de Cervantes tiene también importancia literaria desde una perspectiva más simple, más profana, por tratarse (tal vez) de la mejor historia de viajes jamás escrita. Ni siquiera *La Odisea* alcanza la riqueza argumental

de *El Quijote*, quizá porque en ella intervienen dioses y otros eventos extraordinarios que no son necesarios en la ficción de Cervantes. En *El Quijote* todo es humano, hasta la fantasía; en ningún momento a los lectores se nos oculta algo y estamos todo el tiempo atrapados por los sucesos tan elementales, pero por lo mismo trascendentales, que enfrenta el caballero andante. De pronto el valor argumental de la historia de un señor que medio loco sale de su casa a buscar aventuras en las que, la mayoría de las veces sale mal librado, se escapa a las nuevas generaciones bombardeadas con infinidad de truculentas imágenes cinematográficas. Pero quiero advertirle a los admiradores de *Matrix* que en *El Quijote* no hay maquinaciones cibernéticas ni efectos especiales o montajes digitales; que todo lo que se ve y sucede, sucede en realidad y, lo que es más importante, todo lo que allí existe no lo muestra ninguna cámara, es creado solamente (y eso es lo más sorprendente) con palabras. Es importante que lo tengan bien presente si queremos que *El Quijote* llegue a celebrar 500 años (en caso de que una 'matrix' no nos haya desaparecido antes).

3.

Por méritos humanos, históricos y literarios, entonces, ha llegado *El Quijote* a 400 años; pero hay otro mérito que quiero destacar y es de mi propia cosecha, de mi goce personal como lector de la novela. Lo que a mi más me gusta de *El Quijote* son los diálogos, y entre la diversidad de diálogos que allí se encuentran me llaman especialmente la atención los diálogos entre el Quijote y Sancho. Por vocación he sido lector de literatura dramática, de infinidad de obras para teatro, y en muy pocas de ellas he encontrado la vivacidad de los personajes, la pertinencia en los turnos, la agilidad en las

intervenciones como las que he encontrado en los quijotescos diálogos.

Son muchos los autores que han estudiado los principios que rigen el diálogo, y algunos de ellos podrían ser traídos a cuento para realizar un análisis de tal recurso narrativo en la obra de Cervantes, pero más que la exhaustividad filosófica pretendo una descripción literaria para motivar a los jóvenes a leer y a perpetuar la admiración por *El Quijote* durante los próximos años. Por eso y para ello, inicialmente, voy a referir algunos diálogos y voy a remitirme a un autor y un texto que usamos en la Universidad Autónoma en nuestros cursos de Taller de Lenguaje: Alberto Valencia en su artículo *Ética de la discusión*¹ parte del presupuesto de que es el diálogo el único espacio donde es posible construir la verdad y propone tres condiciones básicas: la posición autocrítica, el reconocimiento de la legitimidad del interlocutor y el cumplimiento de unas normas mínimas para realizarlo. Pero atención: no es que estas condiciones se hallen en los referidos diálogos sino que adquieren una dimensión particular; dado que la verdad –objetivo del diálogo según Valencia– no es en Cervantes más que una construcción ficcional. El asunto en este punto radica en la dificultad para precisar el estatuto de la verdad, pues es precisamente la confusión entre la verdad y la "falsedad", entre realidad y ficción, el motivo central de la narración de Cervantes; es decir, en *El Quijote* la mentira (si se puede hablar de tal en la literatura) llega a ser la verdad.

- ¡Válame Dios! – dijo Sancho - ¿No le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros en la cabeza?

- Calla, amigo Sancho – respondió Don Quijote -; que las cosas de la guerra, más que otras, están

¹ Valencia Gutiérrez, Alberto: *Ética de la discusión*. En: Colombia: la alegría de Pensar.

sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento (...) Parte I, cap. 9, pg. 76^{2v}

Así, por ejemplo, revisando la condición referente a una posición crítica frente a la propia actitud, al ejercicio autocrítico fundado en la convicción de los propios argumentos, encontramos que tal condición adquiere en *El Quijote* una dimensión especial: la de la justificación. Recordábamos como ante la evidencia de los molinos, el caballero andante le dice a su escudero que si ahora son molinos antes fueron gigantes, y que tal mudanza se debe al sabio Frestón; por su parte Sancho, ante la posibilidad de ser golpeado, justifica su cobardía en el hecho de no ser caballero andante. Y esa justificación como forma o variación (¿desviación?) de la autocrítica será un recurso recurrente en los quijotescos diálogos. Diríamos que más que reconocer un error, Don Alonso o Sancho buscan siempre la justificación para perpetuarlo. Un curioso ejemplo lo tenemos con el burro que acompañará a Sancho; al inicio al Caballero no le pareció muy adecuado que su escudero lo llevara:

En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno a la memoria; más con todo esto, determinó que le llevase (...) I,7 - p.73

Pero más adelante, cuando sólo el burro se salva de la paliza de los yangüeses que sufrieron Quijote, Sancho y Rocinante, entonces el caballero decide elogiarlo. Iniciemos esta cita desde el coloquio sobre la memoria que antecede al asunto del asno, pues es un bello ejemplo de diálogo entre escudero y amo:

- No se me dieron a mi lugar – respondió Sancho – a que mirase en tanto (...) como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas.

- Con todo eso te hago saber hermano Panza que no hay memoria a quien el tiempo no acabe (...) I, 15 - p. 135

Y luego viene el elogio del burro:

- Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas. Dígalo porque esta bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante (...) porque me acuerdo haber leído que aquel viejo Sileno (...) iba, muy a su placer, caballero sobre un muy hermoso asno. I, 15 - p.136

Como se dice popularmente, las que no pierde las empata. Y por eso es que más que la autocrítica, en el diálogo cervantino encontramos la justificación continua: en el Quijote para no aceptar su locura y en Sancho para validar su cobardía.



^{2v} Para las citas de *El Quijote* remitimos a la Edición IV Centenario de Alfabuara y la Asociación de Academias de la Lengua Española

- *De mí sé decir – dijo el molido caballero – que no sabré poner término a esos días. Mas yo me tengo la culpa de todo; que no había de poner mano a la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros, como yo.*

- *Señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar (...) I, 15 - p. 132*

En cuanto a la condición del reconocimiento del valor y la legitimidad del interlocutor, a quien, a riesgo de descalificarlo, no se podría considerar inferior; los diálogos Cervantinos son intencionalmente un poco ambiguos. Así, por ejemplo, el estatuto de Sancho con respecto a su señor varía a lo largo de la obra: a veces amigo o hermano, otras veces criado o subordinado; pero ese punto reclama un desarrollo particular que ocupará la parte final de este comentario. Por ahora y para ejemplificar esta condición del reconocimiento del interlocutor, bástenos recordar aquel episodio cuando el Quijote le quita a su escudero el derecho a dirigirle la palabra; Sancho se ha reído sin parar de la aventura de los batanes, y cuando su amo le hace el reclamo, él decide, a su vez, reclamar los favores que un criado recibe después de un mal trato; el Quijote que, como hemos visto, las que no pierde las empata, decide vetarlo:

- (...) *Jamás he hallado que ningún escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo (...) Así que desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje, ha de ser mal para el cántaro (...) I, 20 - p. 186*

Con respecto a la tercera condición propuesta por Valencia para el diálogo: unas normas mínimas, universales y abstractas a las que se debe acoger la interlocución; hay que decir que, al igual que las condiciones de autocrítica

y reconocimiento del interlocutor, también sufre una adaptación, variación o desviación en la obra de Cervantes. Para conceptualizar el asunto podríamos pensar en tres clases de normas básicas: lingüísticas, de credibilidad y de cooperación; y para ejemplificarlo ha de ser de gran utilidad el pasaje aquel en que Sancho entretiene a su amo contándole el cuento de la pastora Torralba:

- Digo, pues que en un lugar de Extremadura había un pastor cabrerizo, quiero decir que guardaba cabras, el cual pastor o cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz (...) I, 20 p.178

El solecismo y la redundancia como características lingüísticas de la expresión nos recuerdan los escritos de ciertos estudiantes que se alargan y se alargan, pero no avanzan. A propósito dice Don Quijote:

- Si des a manera cuentas tu cuento, Sancho, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos días (...) I, 20 - p.178

Sancho (como su amo) no acepta la crítica, y reaparece la justificación.

- *De la misma manera que yo lo cuento se cuentan en mi tierra todas las consejas (...)*

I, 20 – p. 179

Pero además de esta particular forma de asumir o desviar las normas lingüísticas; a renglón seguido encontramos además una particular asunción de la norma de credibilidad:

- Así que, señor mío de mi ánima, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralba (...)

- Luego ¿conocístela tú?

- No la conocí yo, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que bien podía, cuando lo contase a otro, afirmar y jurar que lo había visto todo (...)

I, 20 – p.179

Y para completar con el mismo episodio la ejemplificación del particular uso de las normas dialógicas, hay que estar bien atentos al número de cabras en el relato, que no sea y nos pase lo que al Quijote con Sancho por no cooperar:

- Cuántas cabras han pasado hasta agora – dijo Sancho.

- Yo ¿qué diablos sé? – respondió Don Quijote

- He aquí lo que yo dije: que tuviese buena cuenta. Pues por Dios que se ha acabado el cuento; que no hay pasar adelante (...), I, 20 – p.180

Así pues, como conclusión parcial, el diálogo en Cervantes cumple con las condiciones propuestas para el diálogo en general, pero cumple con ellas de manera muy particular. Y es esa particularidad la que nos permite plantear una dimensión lúdica en los coloquios citados; es ese dialogismo especial el que, precisamente, nos lleva a proponer la hipótesis del diálogo como juego entre el Quijote y Sancho.

Pero antes de ampliar la noción de juego, quisiera hacer una breve referencia a otro aspecto que llama particularmente mi atención en Cervantes: el uso de los refranes.

- Parece sancho, que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia madre de las ciencias todas. I, 21- p.188

Son los refranes un recurso recurrente en la obra y un motivo para deleitarse en su lectura, sobre todo para estas nuevas generaciones

que han perdido esa posibilidad expresiva tan amplia y profunda. Aprovecho para invitar a mis colegas profesores de lenguaje para que rescatemos los dichos y refranes, para que hagamos de ellos uso y tema presente en nuestras clases. Quien sabe, de pronto algún alumno nos sorprenda expresándose de manera sabia y coloquial, “ensartando refranes”, como en algunos momentos lo hace Sancho:

- Ni yo digo ni lo pienso; allá que se lo hayan; con su pan se lo coman; si fueran amancebados, o no, a Dios habrán dado la cuenta; de mis viñas vengo: no sé nada; no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compara y miente en su bolsa lo siente (...)

I, 25 - p. 233

Y no es gratuita la presencia recurrente del refrán en el diálogo de Cervantes, porque ambos – refranes y diálogos – otorgan dinamismo a la comunicación y, bajo una aparente intrascendencia, plantean profundas cuestiones. Pero pasemos entonces a la caracterización del juego en el diálogo.



4.

Afirmamos entonces que cuando Sancho y Quijote dialogan parece que estuvieran jugando, tal se desprende del manejo particular que hacen de las condiciones mínimas del diálogo; tal es la dinámica y la lúdica de sus intervenciones, tan vistosas como una carta de póker bien lanzada, tan ágiles como un balón de fútbol bien pateado y tan definitivas como una pieza de ajedrez que anuncia un jaque. Pero si en las cartas alguien tiene más de las requeridas o si en fútbol alguien diferente al arquero coge el balón con la mano, entonces se está jugando otra cosa o el juego se acaba. Cualquier juego, desde el más elemental e infantil hasta el más adulto y elaborado, tiene que cumplir unas condiciones básicas y eso ha de ser válido también para el reconocimiento del juego en un diálogo.

En su *Teoría de los juegos*, Roger Caillois propone seis criterios para caracterizar una actividad como juego: libre, separada, incierta, improductiva, reglamentada y ficticia. Esta última será la más apropiada para dar cuenta de la dimensión lúdica del diálogo en *El Quijote*, pero haremos una breve caracterización de las anteriores.

El juego es una actividad libre y voluntaria, no impuesta; de tal modo que cualquiera de los jugadores puede retirarse en un momento dado. En nuestro caso, ni Sancho ni el Quijote están obligados a participar en las aventuras ni en los diálogos que a partir de ellas ocurren. En especial Sancho, aunque las más de las veces sale mal librado, está siempre dispuesto a seguir jugando y así lo expresa cuando decide hablarle a su amo después de haber sido vetado, buscando motivarlo para hallar nuevas aventuras:

- (...) Y así, me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos

fuésemos a servir a algún emperador o a otro príncipe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento (...) I, 21 - p. 192

Y aunque en algún momento podría pensarse que la única motivación de Sancho es el interés material y el gobierno de la ínsula prometida por el caballero andante, en varios apartes y al final de la primera parte, cuando su mujer lo interroga por las ganancias, queda claro que no es la recompensa material su preocupación fundamental:

- (...) No traigo nada deso, mujer mía, aunque traigo otras cosas de más momento y consideración (...) I, 52 - p. 527

Con lo que se cumple otra condición del juego, que es ser una actividad improductiva, libre de todo interés material; condición evidente todo el tiempo en el idealismo de Alonso Quijano y, como hemos dicho, en algunos momentos con Sancho; quien al inicio de la segunda parte manifestará vehementemente sus deseos no interesados de seguir jugando.

Otra condición hace referencia a que el juego es una actividad separada de la existencia y constituye en sí mismo un universo cerrado; y es esto tan evidente e importante en *El Quijote* que precisamente su desarrollo argumental ocurre porque quienes se oponen a este universo son enfrentados y porque quienes quieren convencerlo de algo tienen que asumir su condición de caballero andante, es decir, tienen que entrar a formar parte de su universo cerrado. No de otra forma que asumiendo el juego logran, por ejemplo, el cura y el barbero enjaular al señor Quijano y llevarlo de regreso a casa. (Esta condición es más explorada en la segunda parte de la obra). Pero a nivel del diálogo entre caballero y escudero, es la

credibilidad de Sancho en su señor el factor que pone en evidencia la necesaria separación de la realidad, la conformación de ese universo cerrado. Una bella muestra de la credibilidad es la historia del bálsamo de Fierabrás que reclama el Quijote cuando se entera por Sancho que su oreja está sangrando:

- (...) ¿Qué redoma y que bálsamo es ese?
- dijo Sancho Panza

- Es un bálsamo de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor a la muerte ni pensar en ferida alguna (...)

- Si eso hay, renunció desde aquí al gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa de mis muchos y buenos servicios sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor (...) I, 10 - p.92

En cuanto a la condición de que el juego es una actividad incierta, cuyo desarrollo no podría determinarse ni conocerse previamente el resultado; pues qué es una novela de aventuras sino una constante incertidumbre; y en el caso del diálogo entre los dos personajes, qué es sino una constante improvisación que a cada momento genera una nueva posibilidad. Un capítulo de *El Quijote* que evidencia ese carácter incierto del diálogo y que además nos sirve para ejemplificar la condición del juego como actividad, además de incierta, ficticia, es aquel en que Sancho debe contar al Quijote el desarrollo de su encuentro con Dulcinea. No olvidemos que tal encuentro nunca sucedió, por lo que el desenlace puede ser problemático:

- *Todo esto no me descontenta; prosigue adelante* -dijo Don Quijote-. *Llegaste, ¿y qué hacia aquella reina de la hermosura?* (...) I, 31 - pags. 310 a 313

Y en este intercambio dialógico, -además del carácter incierto del desarrollo, pues Sancho

todo el tiempo teme ser descubierto en la mentira - advertíamos, se pone en evidencia la principal característica del diálogo y de la obra cervantina como un juego: la condición lúdica de la irrealidad. En el juego ficticio, irreal, dice Roger Caillois, el actuar "como si..." es el motor de la acción; y es este el procedimiento que permite diferenciar los juegos regulados de los juegos imaginarios, estos últimos denominados *mimicry* o juegos de mímica e interpretación; en donde lo determinante es la disimulación de la realidad para la simulación de una segunda realidad.

Y es que tanto el Quijote como Sancho saben que están jugando a desdoblarse, a representar un personaje; tanto así que Sancho por momentos se burla de su misma condición - irreal - de escudero de caballero andante:

- De esa manera si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez mi oíslo, vendría a ser reina, y mis hijos infantes

- Pues ¿quién lo duda? - respondió Don Quijote

- Yo lo dudo (...) I, 8, p. 74

En cuanto a que el Quijote esté también representando un rol de manera consciente es algo que puede generar discusión, pues según el decir de muchos se trata, no de una acción lúdica, sino de una locura senil que lo lleva a creerse caballero andante. Yo, en cambio, creo que Alonso Quijano no estaba loco sino aburrido de estar en casa leyendo novelas (como un pensionado actual aburrido de llenar crucigramas) y decidió voluntariamente creerse caballero andante y salir a jugar por los caminos de la Mancha. Tan no estaba loco nuestro quijote que por eso encuentra siempre, como

veíamos al inicio, la forma de justificar todas sus acciones, aun a riesgo de salir lastimado. Y hay un pasaje que, a mi parecer, evidencia el actuar consciente del señor Quijano. Se trata de la primera salida cuando aún no conoce a Sancho y un vecino lo encuentra tirado en el suelo golpeado y le dice que él no es quien dice ser sino "el honrado hidalgo del señor Quijano":

- Yo sé quien soy y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce pares de Francia y aun todos los nueve de la fama, pues a todas las hazañas que todos ellos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mías. I,5. p.58

5.

Hasta aquí entonces, hemos destacado el uso especial de las reglas que del diálogo hace Cervantes y como ese uso o desviación permite caracterizar como un juego sustentado en la irrealidad los coloquios entre el Quijote y Sancho. Ahora bien, la elaboración lúdica del diálogo no trascendería mayormente como hecho literario, no conformaría un material suficiente para escribir una obra que permaneciera por más de cuatrocientos años. En el diálogo cervantino hay algo más que desviación y juego: hay alma, espíritu, humanidad. Mejor aún, el diálogo en Cervantes

es el espacio de la amistad porque sólo con un amigo se puede dialogar, pero sobre todo: sólo con un amigo se puede jugar. Y una jocosa muestra de esta amistad dialógica y lúdica se encuentra en la transición del capítulo 48 al 49, hacia el final de la primera parte, cuando Sancho está preocupado porque su señor haya tenido ganas de ir al baño y no haya podido por estar enjaulado; pero además de esta amistosa preocupación está el juego por la demostración a su señor de que no está encantado por ningún sabio sino cautivo por sus vecinos.

- ¡Válame nuestra señora. Y ¿es posible que sea vuestra merced tan duro de cerebro y tan falto de meollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo y que en esta su prisión y desgracia tiene más parte la malicia que el encanto? (...) I, 48 – p.500

Esa sería entonces mi conclusión: El Quijote y Sancho construyen la más bella y sólida amistad que en la historia de la literatura podamos hallar; y esa amistad se construye por medio de un uso especial del diálogo, lo que en este caso equivale a decir que se construye jugando. El Quijote es así la historia de dos niños grandes: un hidalgo aburrido y un labrador desocupado que deciden hablar y jugar un rato, un rato que ya va durando 400 años. *Crafia*

Bogotá, agosto 24 de 2005



